

§ 1. EL MAHA-BARATA.

Maha-barata significa *gran peso*, porquedicen que colocado este poema en la balanza con los cuatro Vedas, la hizo inclinar á su favor. En el sacrificio de doce años llevado á cabo por Caunaka en el bosque de Naimasaa, Santi, hijo de Suta, refiere lo que Vaisampayaná contó, como si lo hubiese oído de boca del primer inventor de aquella epopeya.

El *Maha-barata* (dice un docto é ingenioso inglés) es la epopeya mas colosal de todas, y sobrepuja tanto á la Iliada, á la Odisea, á la Jerusalem libertada y los Lusíadas, como las pirámides de Egipto á los templos griegos. Olvidemos un instante á Homero y el Parnaso de las dos cimas; olvidemos los poéticos rios de la Grecia, á que dan sombra frescos bosquecillos de plátanos y olorosos cipreses. Trasladémonos á la India: allí está el Himalaya, símbolo real de una poesía, cuyas dimensiones exceden á las de todas las clases conocidas; allí rocas en extremo escarpadas, donde falta la respiración; allí desmesurados bosques seculares, torrentes que mugen como el mar, y que parecen como él vastos; allí una confusión gigantesca bajo un cielo puro y trasparente como un cristal terso.

No existe una traducción completa del *Maha-barata*; Federico Schlegel, pocos momentos antes de su agonía, se ocupaba en tan importante obra. Hacia la mitad del poema se encuentra un episodio que Wilkins, Augusto Schlegel y el baron de Humboldt eligieron como objeto de sus indagaciones y meditaciones. Este episodio (el *Bagavad gita*) forma por sí un poema entero, y es la exposición de todo el sistema teológico de los bramanes. No cabe duda de que el Oriente no ha dejado ninguna obra mas grandiosa que esta, ni mas digna del estudio de los eruditos. Revélase en ella el panteísmo indostánico con majestad, con profundidad, á

menudo con una elocuencia terrible. Se la creeria un sublime canto de Empédocles y de Lucrecio, intercalado en una relacion homérica.

En medio de una batalla, el dios Crisna explica al héroe Aryuna el sistema místico y filosófico del universo. Los guerreros se detienen, los elefantes se echan sobre montones de cadáveres, los furios de la guerra civil se acallan un momento, y en medio del silencio de la muerte principia el diálogo del dios y del héroe. Esta solemne discusión acerca del hombre y su destino, sobre Dios y su esencia, suspende la mortandad. No hay ciertamente nada mas extraño y grandioso que este episodio, así como el sitio en que lo colocó la mente elevada del poeta.

La guerra civil estalló entre los descendientes de Pandu, legítimos herederos del trono y los descendientes de Coru que lo habian usurpado. Los Pandos, con un ejército mandado por el héroe Aryuna, vuelven á atacar á los usurpadores de sus derechos, y á reconquistar el trono de sus abuelos. Crisna, guerrero de estatura gigantesca, guía á los Coros; la batalla duró antiguamente largo tiempo, y aun permanece dudosa la victoria. Despues de haber animado á sus parciales, Crisna hace resonar la trompa que llama á la pelea, su *coma* terrible que tiene un nombre especial, como la durindana de los poemas caballerescos; á aquel gran rugido de desafío responden las trompas del ejército contrario; el carro de Aryuna es arrastrado por caballos blancos, y á su lado sigue el dios Crisna. El combate empieza nuevamente.

El carro del jefe de los Pandos se detiene en medio del espacio que divide ambos campamentos. El héroe los mide con una mirada; ¡ve á hermanos contra hermanos, á parientes contra parientes en actitud de degollarse sobre los cadáveres de sus hermanos! Una profunda tristeza, un súbito dolor embargan su alma; y comunica su dolor y su amargura al dios que le sirve de protector y guía.

« Crisna, » dice, « mira delante de mí á mis
» deudos armados, jactanciosos, dispuestos á
» dogollarse, mi sangre se hiela, un frio mortal
» cunde por mis venas, los cabellos se me erizan
» de horror; *gandiva*, mi arco fiel se me cae
» de la mano; no tengo fuerzas ya para soste-
» nerlo. Vacilo, no sé avanzar ni retroceder; mi
» alma ebria de dolor parece que quiere aban-
» donarme.

» Dios de la rubia cabellera, ¡ah! dime:
» ¿cuando haya matado á todos mis deudos,
» alcanzaré la felicidad? ¿De qué me servirán
» entónces la victoria, el imperio, la vida?
» ¿Qué son la victoria y el imperio, cuando
» aquellos por quienes deseamos obtenerlos y
» conservarlos, han perecido en el combate?
» Hijos y padres, tíos y sobrinos, amigos y pa-
» rientes, ¡oh! no, celeste conquistador, ¡no
» querré nunca verlos caer en el campo de ba-
» talla, aunque hubiera de adquirir como pre-
» cio de su muerte el triple mundo. ¿Y deberé
» matarlos para conquistar este mezquino
» globo? No, jamas; aunque ellos se dispongan
» á degollarme sin compasion. »

Este discurso, lleno de sentimiento, ocupa mucho espacio; se traza en él por completo el cuadro de la guerra civil; los sacrificios interrumpidos, los vínculos domésticos despedazados, las nobles ramas extinguidas, la licencia de las mujeres, el triunfo de la impiedad. Aryuna se sienta tristemente en su carro, deja el arco y las flechas, y aguarda la respuesta del dios. Crisna le reprende su debilidad; Aryuna replica nuevamente con una melancolía cada vez mayor y dice que antes de derramar la sangre de los suyos, se reducirá á la clase de mendigo, marchará á un destierro, perderá la vida.

Entónces Crisna desarrolla la cruel y sublime teoría de los bramanes, fatalismo panteístico que confunde, permite y abraza todo. Es indiferente matar al dendo mas próximo; el asesinato es nada; nada la vida y la muerte; modificaciones pasajeras del ente humano, que ni crean ni destruyen. La elocuencia metafísica no ha ido nunca mas léjos.

« Aquellos, cuya muerte lloras, no merecen
» tu llanto; que se viva ó se muera, el hombre
» cuerdo no tiene lágrimas para la vida ni para
» la muerte. No ha habido nunca un tiempo en
» que no existiese yo, en que no existieras tú,
» en que no existiesen esos guerreros; jamas
» sonará la hora de nuestra muerte. El alma
» colocada en nuestros cuerpos atraviesa la
» edad juvenil, la edad madura, la decrepitud,
» y pasando á un nuevo cuerpo, empieza en él
» una nueva carrera. Un dios indestructible y
» eterno desenvuelve en sus manos el uni-
» verso, en el cual estamos nosotros: ¿y quién
» será el que anonade el alma que él ha creado?
» ¿Quién destruirá la obra del indestructible?
» El cuerpo, frágil estorbo, se altera, se cor-
» rompe, perece; pero el alma eterna, inconce-
» pible, no perece jamas. Al combate, pues, ¡oh

» Aryuna! Lanza á la pelea tus corceles. El
» alma no mata ni se mata; no se deshace, no
» muere; no conoce lo presente, lo pasado, lo
» porvenir. Es antigua, eterna, siempre virgen,
» siempre jóven, inmutable, inalterable. Lan-
» zarse á la pelea, dar muerte á los enemigos,
» no viene á ser mas que dejar un vestido ó
» quitarlo de encima á otro que lo llevaba.

» Marcha, pues, sin miedo; despójate sin es-
» crúpulo de un traje ya gastado; mira sin
» terror á tus enemigos y á tus hermanos
» abandonar su cuerpo caduco, y vestir su
» alma de nueva forma. El alma es una cosa
» que no puede herir la espada ni consumir el
» fuego, que las aguas son incapaces de cor-
» romper, que el viento de Mediodía no mar-
» chita: cesa, pues, de gemir. »

El dios inexorable prosigue hablando en estos términos; Aryuna le escucha con sumision, con deferencia, y lleno de un estupor profundo. Crisna, respondiendo á sus muchas preguntas, continúa explicándole poco á poco la naturaleza de los dioses y del universo, la del alma, el sumo bien y la eterna sabiduría.

¿Vale mas la vida activa que la contemplativa? Tal es la primera cuestion que es preciso resolver; cuestion tratada á menudo en las escuelas de la Grecia y decidida afirmativamente por el *Bagavad-guita*.

« Obrar sin pasion es el mas alto grado de la
» virtud humana. El alma, independiente de los
» objetos exteriores y libre de su influencia,
» debe conservar su imperturbable serenidad.
» Concéntrese y enciérrese en sí misma, como
» la tortuga se encierra en su movible palacio
» y se esconde á todas las miradas; obre, pero
» sin emocion; que nunca su calma interior se
» altere; que esta profunda impasibilidad no
» se cuide de los acontecimientos exteriores,
» cualquiera que sea su importancia, la vio-
» lencia ó el terror de que se circunden. » Es-
» toicismo místico, contrario á las teorías de
» exaltacion contemplativa, profesado aun por
» varios Yoguis, y desarrollado y sostenido por
» el poeta con una elocuencia singular.

Muchas comparaciones nos parecen dignas de ser citadas. El alma en su tranquilidad debe conservar una pureza inalterable: « así el celeste loto de los pétalos azules reposa y duerme á orillas del límpido lago. » Luego compara la grandeza de alma del filósofo á la grandeza del Océano y á su majestad en la calma: « El deleite de los sentidos, sus violentas borrascas azotan el alma fuerte del sabio sin conmo- verle; nada hay capaz de turbarla. Otro tanto sucede al mar, en vano mil torrentes impetu- osos se precipitan en su seno; el inmenso Océano permanece siempre tranquilo y su- blime. »

No encontramos en Homero una metáfora igual á esta. No se trata de una comparación tomada del espectáculo de la naturaleza física, y de la clase de tantas otras como aquellas; el guerrero valeroso es formidable como un león;

la espada que devora los hombres como el incendio las mieses. El poeta sanscrito compara un estado del alma á una situación particular de la naturaleza; se complace en pintar la tranquilidad del alma; usa de los mas delicados colores para representar esta soledad, este reposo de la conciencia; es « un eremita en nuestro seno; lámpara suspendida de la bóveda de un pacífico palacio, cuya llama no agita el mas leve soplo. »

« El devoto debe decir: Si mis actos exteriores no son nada, pertenecen á mis sentidos » y no á mi alma, la cual está concentrada en sí misma, repitiendo el sagrado monosilabo *om*. Con este talisman descubre la unidad de Dios en todas las cosas; descubre á Dios en todo. El hombre que ha vivido así, despues de su muerte es absorbido por el genio primitivo, Brama, se pierde en el manantial de la existencia, se confunde con Dios. Si le falta valor, ó si la muerte le sorprende ántes de que haya merecido esta recompensa, puede renacer bajo nueva forma; hijo de algun piadoso anacoreta, emprenderá de nuevo su carrera de santidad y de calma divina, hasta que le sea concedida la celeste corona. »

Obsérvese que Crisna no aplaude ninguno de los tormentos voluntarios á que se someten los fakires. Su teoria es el estoicismo, moderado por la dulzura del ánimo y por el reposo.

Despues de exponer el sistema del universo, descubre el velo que le oculta á los ojos de Aryuna. *Avatara* ó encarnacion del dios supremo, es Brama bajo humana forma; todo procede de él, todo debe volver á entrar en él. Elevándose luego poco á poco, se proclama idéntico á todo lo que hay de grande en el universo; derrama la vida donde quiera que se presenta, centellea en los astros mas luminosos; todo lo que domina es su trono. Entre los rios es el Ganges, entre las palabras el monosilabo *om*, que significa dios, entre las montañas el monte Merú, entre los animales el elefante, el águila entre las aves, la vocal *a* entre las letras, entre los fraudes humanos es la pasión del juego; de este modo es todo, hasta el delito; comprende todo, hasta la nada.

« Ve en mí, » dice, « la inmortalidad y la muerte. Yo soy lo que es y lo que no es. La atmósfera que llena, envuelve, circunda y contiene el universo, es mi imagen. Abrazo y contengo todas las cosas creadas. Soy el que colgó el eterno universo de su cadena de perlas, y lo tiene pendiente de ella. » Homero se valió de esta imagen (*Iliada* VII, 25), cuyo origen es evidentemente indostánico.

¡Qué grandiosidad en esta personificación del dogma panteístico! La audacia de los poetas no ha vestido con imágenes palpables pensamientos mas magníficos y vastos; nunca la abstracción se ha realizado con mas enérgica temeridad; ningun escritor ha sabido dar forma y colorido á ficciones mas profundamente metafísicas.

Aryuna suplica al dios que se presente á sus miradas, no ya bajo forma humana, sino divina. Crisna consiente. « Me verás; aparecerán ante ti los millares de mis metamorfosis, variaciones, formas y sustancias; te serán reveladas maravillas ocultas á los ojos de los hombres. Pero tus ojos mortales no podrán resistir este místico espectáculo; mira, pues, un dios. »

« Aun cuando brillasen al mismo tiempo en el cielo mil soles, tanta magnificencia no se igualaria á lo que vió Aryuna; la unidad en la multiformidad, el esplendor y la vida de todos los mundos, incorporados en el dios de los dioses. »

En su terror Aryuna, dirigiendo el rostro al Cielo y con las manos cruzadas sobre el pecho, exclamó: « Todos los seres, todas las tribus del mundo, veo en tí solo; ¡oh Dios! y veo á Brama en su trono de loto. Innumerables son tus brazos; tu cuerpo no tiene límites, no tiene principio, medio, ni fin. La diadema te corona; el disco, la espada, la maza, están en tus manos; despidés una intensa y deslumbrante luz; eres un sol que brilla por todas partes. »

El poeta describe con alguna prolijidad esta magnificencia de la divinidad panteística; solo que se transforma pronto, cambiándose su brillo en terror; era creadora y se vuelve destructora. El Ser que sacó de la nada todas las cosas, hace que tornen á su seno. Abismo inmensurable, sin fondo, monstruo de las grandes fauces abiertas, todo lo devora, y todo va á aniquilarse en las profundidades divinas.

« ¿Quién eres tú, bajo esa forma que tanto me aterra? » exclama Aryuna: « destructor y devorador de todas las cosas; ¡oh formidable dios, salud! Los héroes del género humano, las generaciones se destruyen y pierden en tí; tu inflamada boca las devora, como el mar las corrientes y los rios. Pero yo quisiera volverte á ver bajo tu primera forma, bajo tu forma creadora. »

« Soy el tiempo que destruye » replica el dios; todo este ejército debe morir. Excepto tú, ni uno solo de esos hombres ordenados en batalla bajo sus resplandecientes armaduras, sobrevivirá al día que va desapareciendo. Ea, pues; levántate, combate, triunfa, conquista á tus enemigos, sé rey. Este ejército está ya muerto, es mi presa; y tú no eres mas que el instrumento del destino. Degüella á Biscma, Karm, Sagatrat, Dron, á todos sus guerreros; hiere, ya están vencidos todos. »

Bástenos haber dado á conocer por medio de extractos uno de los mas extraordinarios monumentos de la antigüedad; la exposicion del panteísmo bajo forma de simbolo tremendo, de poesía sencilla y grandiosa. Otro episodio del mismo poema nos suministrará, gracias al contraste que presenta, una idea de la variedad de tintas con que las epopeyas del Indostan se distinguen. *Nala*, traducido al latin y al ale-

lores, sus hojas, á que estamos acostumbrados, nos comunican parte de aquellas emociones, que emanan de la musa antigua. Pero si se lee el siguiente himno de Yayadeva, viva y poética descripción de la primavera, nos parecerá solo un largo jeroglífico, y exceptuando la primera frase, ninguno de los versos de que consta señalará en vuestro cerebro una idea clara y colorida, ni dejará en vuestro ánimo un recuerdo ó una emoción.

« Este es el tiempo de los suspiros para los jóvenes separados del objeto de su cariño. Las abejas descienden á coger flores del bakul. Los pétalos negros del tamala envían el olor del almizcle; los rojos racimos del palaya se tiñen de sangre como las garras del kama, cuando destroza el corazón de los novillos. El cisara abierto se parece al brillante cetro de amor, rey del mundo; las espinas del cinto son los dardos que se bañan en el seno de los amantes. Mirad las ramas del patali; sus cálices están llenos de abejas, como un carcaj de flechas. El perfume del malika embriaga y seduce hasta el corazón del Yogui; y las trenzas del ámbar se bañan y ondean en las azules olas del Yamura. »

Todas estas imágenes están llenas de gracia; algunas se juzgarían dignas de los poetas griegos; pero las palabras bárbaras é inusitadas que se encuentran á cada paso, destruyen todo el encanto. La mitología griega, que no es aun para nosotros una cosa rancia, nos parece sin embargo fuente de ideas muy extrañas; el dios Pan y los Sátiros no despiertan ya en nosotros sino un interés del todo secundario. Y no obstante, como las relaciones del Lacio y de la Grecia con la Europa moderna se conservaron en la edad media, las pinturas mitológicas no han perdido por completo su influencia entre nosotros. Los estudios clásicos han levantado un puente de comunicación indestructible entre nuestra civilización y la antigua. Troya, Atenas, Tebas y hasta Persépolis tienen su puesto fijo en los confines de nuestro pensamiento, y despiertan en nosotros grandiosos recuerdos. Conocemos á Méfis; ¡pero á Ayodhya y Vidharba! El Helicon y el Parnaso halagan aun nuestra imaginación; ¡pero el sagrado Merú! Siva y Visnú no se presentan á nuestro entendimiento sino bajo formas extravagantes y detras de un oscuro velo. En vano Guillermo Jones se dedicó á componer ditirambos poéticos, en que se desarrolla toda la teología bramínica; se necesita una vasta erudición para poder comprenderla, y las alas de la poesía se cansan y doblan bajo el peso de tan extraña y grave doctrina.

El mas hermoso drama de Calidasa, la *Nube mensajera*, obra elegiaca dictada por el genio, se comprende con dificultad; la elegancia exquisita de la poesía lucha fatigosamente con una insólita y misteriosa multiplicidad de nombres propios y de recuerdos indios.

Entre los fragmentos de poesía sanscrita, el

man por Bopp y por Kosegarten, recuerda la sensibilidad elegiaca y la asombrosa fecundidad de Spencer, verdadera novela de un interés patético, de caracteres bien delineados, de incidentes verosímiles; obra maestra, digna de ponerse al lado de las mas gratas creaciones del arte. La Europa lo hubiera colocado ya á corta distancia del segundo libro de la *Enéida* y del episodio de Erminia, si la diferencia de las costumbres orientales y occidentales no quitase á las creaciones de los poetas asiáticos el mejor, y quizá el único medio de popularizarse entre nosotros.

Siendo la poesía emanación de la sensibilidad y de la imaginación, solo á estas dos facultades del alma se dirige. Sin duda el espíritu la concibe, pero no concibe el sentimiento poético. Muchos lectores entienden á Homero; mas ¿habla Homero á la imaginación de la mayor parte de los lectores como hablaba á la de Platon y Pericles? Indudablemente que no. Un pequeño número de seres privilegiados posee la clave del santuario. Á todos los hombres ha sido concedido el acento espiritual y característico de sus pasiones, acento extraño á las otras pruebas. Por eso la armonía de nuestras músicas destroza el oído del musulman que las oye; lo que forma nuestra delicia, forma su suplicio. Y no es tan solo que la poesía del Indostan no despierte alguna de las asociaciones de ideas á que nuestras costumbres han impreso su sello poético; por ejemplo, el sonido de nuestros sagrados bronceos, el horizonte de nuestros paisajes, los árboles de nuestros bosques, los nombres heróicos de nuestra historia, las flores, los frutos, los árboles de nuestro suelo; sucede, además, que su atractivo, su magia emanan de usos que nos son desconocidos, de un país cuyos productos nos parecen gigantescos ó bárbaros, de costumbres que llamamos salvajes, y tales que nos inspiran horror y disgusto. ¿Cómo, pues, el mayor número de los lectores ha de identificarse con emociones que tan poco armonizan con sus hábitos? Apenas si Milton, Shakespeare, Spencer y Dante son populares en Europa.

Los mas, en vez de entender sus obras, son ecos de la admiración ajena; para poderse iniciar en su genio se necesita una educación preparatoria. ¡Desventurado preludio, tan funesto á la poesía! Porque mientras el lector adquiere los conocimientos indispensables para entender una obra poética, pierde aquella frescura de sensibilidad, sin la cual es imposible sentir verdadero gusto hacia ninguna poesía.

Si las ideas morales, expresadas por una poesía extraña á la Europa, son apenas accesibles á nosotros, sus paisajes nos ofrecen un enigma mucho mas oscuro. Á lo menos el suelo de la Italia y de la Grecia se esmaltaba de las mismas flores que vemos hoy adornar un parque inglés. La profética encina de Dodona, la hiedra de Virgilio, el laurel delfico, la rosa de Anacreonte, pertenecen á la Europa entera; sus

episodio de Nala es quizá el que menos comentarios exige y más fácilmente se entiende. Inspirado por aquellos sentimientos naturales que surgen propiamente del fondo del corazón humano, reproduce afectos que no cambian, como no cambia la general estructura del cuerpo de las varias razas. Celeste es en verdad aquella poesía que todos los hombres pueden comprender, que arranca lágrimas en todas las latitudes, que hace vibrar anóna la sensibilidad de todos. En la lengua sanscrita hallamos un adorno más, procedente de la forma particular del traje; pues nos es grato sin duda encontrar nuestras pasiones y nuestros mismos dolores bajo aquel extraño atavío, satisfaciéndonos en extremo y comprendiéndose con facilidad aquella copia fiel de los usos domésticos a un pueblo desconocido.

En el episodio de que hablamos, lo ideal de la virtud femenil aparece radiante de claridad, de gracia, de castidad maravillosa; amor purísimo de la humanidad, verdadera dulzura, ingenuidad agradable, respiran en el poema; el lector pudiera creerse en medio de una raza primitiva, inocente, pacífica, cuya inteligencia ha desarrollado la civilización, sin que en nada se alterara su candidez; los cuadros del hogar doméstico, las pinturas de la fidelidad conyugal no han recibido nunca más tiernos y felices colores. Hace algunos años el señor Southey, que de seguro no conocía el episodio de Nala, colocó en su poema épico indio (*La maldición de Kehama*) escenas de la vida privada, cuya sencillez presenta admirable contraste con la extravagante grandeza de las ficciones: su instinto poético le reveló el secreto de las composiciones indostánicas; un poder colosal al lado de una gracia infantil, y toda la ingenuidad de los afectos domésticos colocada junto a los símbolos más crueles que el frenesí de la imaginación es capaz de crear.

En tranquilas y frescas soledades vivía con los suyos Indistira, el mayor de los hijos de Pandu, aguardando impaciente la vuelta de Aryuna, su hermano, que había ido al cielo para recibir de Indra el arco *gandiva*, prenda é instrumento de la victoria. Despojado a un largo destierro, entregábase al dolor y las quejas; todas las noches oía las voces de sus viejos amigos, todas las noches pensaba en las personas que le eran queridas.

Un día dió hospedaje al gran richi Vrihasdava, y le contó sus infortunios; entonces el solitario, lleno de compasión, le refirió la historia de un príncipe más desgraciado que él.

Nala, rey de Nischada, es el mejor de los monarcas, el más hermoso de los hombres, muy inteligente en todas las artes de la guerra y de la paz; no hay quien sepa guiar un carro con destreza igual a la suya. Damianti, bella y modesta hija del rey Bima, inspira a Nala una viva pasión, y queriendo este dar a conocer a la princesa la ternura que siente hacia ella, en-

cuentra en medio de un bosque una bandada de aves de alas de oro, que tienen rápido el vuelo y brillantes las plumas.

Estos extraños mensajeros que el poeta sanscrito presta al monarca, le proponen trasladarse junto a la virgen y transmitirle su mensaje amoroso: Nala acepta. Entretanto Damianti, prendada del príncipe, se entrega libremente a su nueva pasión. Las damas europeas pueden advertir en la doncella india los mismos síntomas que entre nosotros indican el padecimiento del corazón enamorado. « Estaba sentada, llena de abatimiento y de varias fantasías; sus mejillas se ponían pálidas, y la tristeza la consumía. Miraba silenciosa al cielo y arrancaba del pecho hondos suspiros. ¡Espectáculo triste! Habían desaparecido sus hermosos colores; el duelo del ánimo la tenía postrada. El sueño, la conversación de sus amigos, los ruidosos banquetes no la alegraban ya. ¡Desgraciada! ¡Desgraciada! decía; y sus jóvenes compañeras lloraban a su alrededor. »

Conmovido el padre de Damianti al ver su profunda pena, se decide a casarla. Sus consideraciones con tal motivo, ingenuas, fisiológicas y patriarcales, hacen sonreír al crítico. Inmediatamente todos los reyes de la tierra, todos los jefes y guerreros son convocados a una solemne reunión; la princesa elegirá a su esposo, ciñendo con una corona de flores la cabeza del príncipe preferido. Acude gente de todos los países, el ruido de los coches aturde, el camino que conduce a Vidharva está lleno de caballos. El globo gime bajo el peso de tantos elefantes, de tantas cabalgaduras de reyes y de dioses; pues los dioses heroicos de aquellos tiempos se mezclaban con los hombres, participaban de sus pasiones, rivalizaban con ellos, los atacaban, los defendían y los castigaban.

Nala se dirige a esta asamblea. En el camino le detienen cuatro dioses, sus rivales, que pretenden la mano de Damianti, y son Indra, dios del firmamento; Agni, dios del fuego; Varuna, dios de las aguas, y Yama, dios del infierno. « Hemos dejado los cielos, » le dicen, « para acudir a obtener a la hermosa Damianti: tú, que eres nuestro siervo fiel, el más piadoso entre los hombres, el más justo y santo de los reyes, lleva nuestro común mensaje a la hermosa virgen, y dile que cuatro divinidades aspiran a su amor. »

La religión lucha con la ternura en el afligido corazón de Nala; vacila, pero al fin se decide; la piedad lo vence, obedece a los dioses, y se dirige a buscar a Damianti. « Bajo un templete de flores la virgen de Vidharva reposaba, ceñida de sus cintas, adornada con sus velos de niña, radiante de hermosura, dulce y majestuosa, digna de la sangre que la concibió. Negros y grandes son sus ojos, esbelta su persona, y sus delicados miembros redondeados con gracia. Al contemplar sus ojos más suaves y brillantes que los rayos de la luna, Nala suspira, y su amor se inflama viendo la sonrisa con que Da-

mianti le recibe. Pero su deber es guardar la fe dada, y lo cumplirá. »

Y verdaderamente Nala se decide a referir a la joven las palabras de los dioses. Ella le mira, y le pregunta sonriéndose: « ¿Quién eres tú, cuya belleza suscita en mí la llama del deseo? Noble es tu paso; tus movimientos firmes como el andar de los dioses. Hombre de hermosura sin mancha y sin igual, mi corazón se lanza hacia ti. » — « Soy Nala; oh noble doncella! los dioses me envían a ti. Cuatro divinidades te desean; tú, la más perfecta entre las mujeres, elige al que quieras de ellos. Tal es el mensaje que me han encargado los dioses. Responde al que han escogido por su intérprete. »

Damianti adoró a los dioses, y dijo: « ¡Oh príncipe! ¿cómo podré probarte la pasión que me arrastra hacia ti? El recuerdo del mensaje que me trajo el ave de las alas de oro, enciende mi rostro. Soy tuya; eres mi señor. Apresura el instante del himeneo, ¡oh señor de mi vida! Llévame a tu palacio; aquí me tienes, soy tu fiel esposa; tu amor me coronará de felicidad. Habla, porque ya los reyes están reunidos en la asamblea; y si me desprecias, el veneno, el fuego, el abismo de las aguas, el lazo fatal me liberrarán del peso de la vida. »

Este ingenuo entusiasmo del amor recuerda las palabras de la Julieta de Shakspeare. También Julieta cede sin resistir; en su ingenuidad, más pura que la castidad afectada de las mujeres vulgares, hace dueño de ella a su amante, a quien se confía como a un caballero (*gentleman*). Damianti ama a su héroe, como un ser superior, y se abandona a él libremente.

Se celebran las nupcias; Nala y su esposa son bendecidos por el Cielo; les nacen dos hijos, y ofrecen al mundo el ejemplo de la virtud. Nala es amado por sus súbditos; piadoso con los dioses, lee a menudo y atentamente los Vedas, y hasta el quinto Veda; y ejecuta el gran sacrificio del caballo, que es el colmo de la devoción india.

Pero dos divinidades que habían deseado la mano de la joven doncella y llegado demasiado tarde, han jurado perseguirla. Encuentran un obstáculo para efectuar su perverso designio, en la inocencia de la vida de Nala, y la cólera de los mismos dioses debe estrellarse contra una virtud inmaculada. Cuando los que están encargados de la custodia del mundo saben que Calí, el genio malévol, ha jurado odio al héroe, le hablan de esta manera: « Nada puedes contra él. Su alma es toda dulzura, su palabra verdad; jamás viola su juramento; honrado, generoso, pio, inocente, se asemeja a los dioses que rigen el universo. Quien maldice la virtud, se maldice a sí mismo; quien hiere la virtud, es asesino de sí propio; quien se irrita contra Nala, se sumerge en el estanque infernal, en el abismo eterno. »

Durante doce años la venganza del genio

malo no aguarda sino una culpa de Nala para perderle. Al fin, olvidando una noche la ley santa que prescribe la limpieza de todas las partes del cuerpo, Nala huella con su pié el sitio donde está la involuntaria suciedad. Inmediatamente su alma es accesible a la influencia del demonio Calí, el cual se insinúa en el cuerpo del rey, turba su entendimiento, pervierte su corazón, altera sus gustos, de modo que deja de ser él mismo. Un solo manantial de virtud le resta, su amor a Damianti. — Esta es una ideal moral, llena de la más tierna y sublime belleza; ni era posible expresar é indicar con mayor fuerza el poder que un solo afecto virtuoso y profundo conserva en el alma del hombre.

Nala juega a los dados con Puskara, su hermano; pierde sus dominios, sus ropas, su carro, su dinero; el juego dura tres meses; no quedando por último al príncipe nada, ni siquiera un vestido. La pasión del juego, común a las razas heroicas, está admirablemente descrita. Cuanto más gana el hermano de Nala tanto más crece en este el insaciable deseo de jugar. Está sordo a todo consejo, y va derecho a su ruina; un delirio, una ceguera, que nada puede vencer, le impelen al precipicio: Damianti prevé la suerte que amenaza a su esposo: manda a buscar al conductor de los carros, y le confía sus hijos, encargándole que los entregue a su familia.

Resuena una estrepitosa carcajada de Puskara, y anuncia la total ruina de su adversario. « ¿Quieres, le dice, seguir jugando? » Nala no despliega sus labios. « Lo único que posees es a Damianti; sea, pues, ella la última puesta. » Lanzando Nala sobre su hermano una mirada torva y dolorosa, se levanta y no responde; despojado de sus más hermosos adornos, solo, con la frente serena, pero surcada por la desesperación, abandona el palacio paterno.

De este modo el poseído resiste al demonio que le oprime; su amor a Damianti sale victorioso en la lucha con Calí. Nada hay más dramático y tierno que este pasaje.

Por las calles de la ciudad se proclama este edicto de Puskara: « ¡Maldito el que preste ayuda a Nala! Todos huyen de él; solo Damianti le acompaña: se alimentan con las raíces de la tierra, y beben el agua de las fuentes. El hambre los atormenta; un día el príncipe debilitado arrojó su manto sobre una bandada de aves de hermosa pluma con deseo de cogerlas y comérselas; pero apenas las aves fueron hechas de esta manera, cuando dirigieron su vuelo a las alturas, llevando consigo el manto, y una de ellas dijo a Nala: « ¡Miranos! estas aves que te roban tu último tesoro, son justamente tus dados; los dados que causarón tu ruina. ¡Insensato! tu miseria y desnudez despiertan nuestra risa, y provocan nuestra hilaridad. »

Entonces el príncipe se volvió a Damianti: ¡Oh mujer amable y tímida, todos los asilos

» están cerrados para mí, todas las esperanzas
» me han sido arrebatadas! Los dados me pri-
» varon del trono, del honor, del alimento ne-
» cesario al hombre. Oyeme, ¡oh Damianti! el
» hombre que te habla está sumergido en la
» desgracia mas profunda; abandónale, debes
» abandonarle. Vuélvete al palacio de tu padre;
» estas son las regiones meridionales, y ese el
» camino que debes seguir. »

Damianti oía á su infeliz esposo, mientras
este le iba indicando el camino que conduce á
Vidharva; pero luego los sollozos que la opri-
mian, le brotaron del pecho, y prorumpió en
estas voces: « Verdaderamente mi corazón está
» despedazado; mis miembros sin fuerza se
» doblan y entorpecen; y cuanto mas pienso en
» los tristes consejos que me das, mas se au-
» menta la opresión de mi espíritu. Imperio,
» riquezas, vestidos, todo lo he perdido. Des-
» nudo, víctima de la sed, del hambre, ¿quieres
» que te abandone en este desierto y que lejos
» de ti me pierda? No, no, esposo mio; mién-
» tras permanezcas en el bosque, triste, lleno
» de afán, afligido por el pensamiento de tu
» pasada felicidad, no me moveré de tu lado,
» mi amigo y señor; yo sola calmaré tus males.
» ¿Tienes médico que valga lo que una esposa
» que ama? ¿Qué cuidados pueden igualar á su
» ternura? Responde: Nala ¿crees tú que haya
» algunos? »

« En efecto, generosa Damianti, » responde
Nala; « no existe para el infeliz remedio mas
» poderoso que el corazón de una esposa. No,
» no te dejaré. ¿Qué temor te asalta, tímida
» mujer? No á ti, sino á mi propio me abando-
» naria dejándote, irreprochable como eres. »

Inútil sería hacer notar la sublime sencillez
de este discurso. Nala, envolviéndose en el mis-
mo manto que cubre á Damianti, prosigue su
camino por los bosques. Pero Calí, el genio per-
seguidor, no pierde de vista su presa. Mientras
que duerme la fiel esposa, el espíritu malo
quiere ahogar el sentimiento honrado que so-
brevivia aun en el corazón de Nala, y le per-
suade que abandone á su mujer. El desventu-
rado príncipe encuentra una espada desnuda
en el suelo, y con ella corta por la mitad el
manto, se envuelve y huye, pero pronto el amor
le induce á retroceder, y dirige una postrer
mirada á Damianti dormida.

« Oh tú, cuya hermosura no empañaron la
» tempestad ni el sol, ahí te quedas sin protec-
» tor, tendida en la desnuda tierra. ¿Qué será
» de ella, cuya sonrisa era tan dulce, cuando
» se vea sin sus vestidos, sola y abandonada de
» su esposo, errante en medio de las serpientes
» y los tigres de este bosque? Dios de las esta-
» ciones, genios de los meses, custodios de los
» cielos, vosotros todos, oh dioses sublimes,
» ¡velad por ella! Aun siendo abandonada, ¡oh
» noble mujer! tu virtud formaría tu fuerza. »

El demonio, temeroso de que Nala vuelva á
la virtud, le priva de la razón. Huye, « y su
corazón (dice admirablemente el poeta) está va-

» cilante entre su frenesí y su amor, como el pé-
» dulo que oscila sin hallar jamás reposo. »

Damianti se despierta radiante de hermosura
en medio de aquel bosque solitario, y no ve á
su marido. Un hondo grito se exhala de su pe-
cho. « ¿Dónde estás, oh príncipe? Mi único
» protector, mi señor ¿me abandonaste? ¿soy
» perdida! ¿perdida! Fiel un tiempo á tus pro-
» mesas, á tus deberes, ¡oh rey! ¿es posible
» que hayas abandonado mientras dormía á tu
» débil y leal esposa que tanto amabas? ¿Te
» he hecho yo mal? Estoy sola, tengo miedo
» ¡ah! si te ocultas á mis ojos, si te diviertes,
» en verme así, ¡oh! cesa, Nala, cesa; ¿por
» me mataría. ¡Oh! sí, te veo; eres tú; ¿por
» qué no respondes? Vuelve á mi lado; hoy que
» oigo otra vez tu acento, consuélame, mitiga
» mi pena. ¡Ay de mí! nada oigo: partió. Solo
» por él me aflijo; solo por él. Hambriento,
» triste, sin socorro, ¿quién te consolará, señor
» mio, cuando te sientes por la tarde junto al
» tronco del árbol antiguo, y no me veas cerca
» de ti? »

Se lanza, recorre el bosque, busca por todas
partes, baña de lágrimas el suelo; su corazón
esta despedazado por el dolor. Quiere huir, y cae
exhausta de fuerzas; sus sollozos, los gritos de
su angustia resuenan en aquellos desiertos
lugares. « Maldito, » exclama entonces, « maldito
» sea el que ha causado la perdición de Nala.
» ¡Maldito el que ha pervertido al hombre vir-
» tuoso! Que la felicidad no le sonría nunca,
» que sea siempre mas desgraciado que yo! »
Dice, y los perros salvajes aullan y se agitan
en su alrededor, y las lágrimas de Damianti no
cesan de correr.

Las damas errantes de nuestras novelas caba-
llescas no se ven expuestas á peligros mas
horribles que los que amenazan á Damianti.
Una cruel serpiente se enlaza en torno de su
cuerpo; pero un cazador mata á la serpiente,
ofrece de comer á la jóven, y prendado de sus
gracias, le dice: « Mujer de ojos negros, como
» los de la gacela, ¿cómo ha podido tu divina
» belleza encontrarse en esta negra selva?
» ¿Quién eres? ¿De qué familia? ¿Cuál es la
» causa de tantas desventuras? »

Damianti le refiere sus infortunios. Bajo el
medio manto que la cubre ve el cazador su seno
de mármol, el cándido brillo de su rostro, el
majestuoso arco que forman sus cejas. Con
inefable dulzura oye sus palabras llenas de en-
canto; el amor se enciende en su pecho, pala-
bras apasionadas y tiernas salen de su boca, el
deseo resplandece en sus ojos. Pero la jóven,
encendida y temblando de cólera, que estalla
como fuego de brasero, exclama: « En nombre
» del único amor que abriga mi pecho, en
» nombre de Nala, ¡caiga muerto este vil caza-
» dor! » Como un árbol herido del rayo, el
cazador cae y espira.

Después de haberse salvado de este peligro,
Damianti se interna en las soledades del bosque;
y el poeta se complace en describir un asom-

broso paisaje, que puebla al mismo tiempo de
seres reales y fantásticos. « Sonaba en los bos-
ques el canto de las cigarras y de los grillos:
grandes tropas de leones, de panteras, de cier-
vos, de tigres y de osos hollaban mil plantas
robustas. De las ramas entrelazadas y unidas,
de los matorrales agitados, se exhalaban con-
fusos murmullos: cavernas maravillosas se
abrian bajo los pasos de la princesa. Rápidos
rios, animales salvajes, aves acuáticas, gnomos,
serpientes, gigantes de horrible aspecto, fuentes
cristalinas en que saltaban peces dorados, altas
montañas de donde brotaban torrentes espum-
osos, jabalíes y bueyes selváticos que se lan-
zaban de las profundas tinieblas de los bosques;
estos prodigios no asustaban á la augusta hija
de reyes, que cruzaba el desierto en busca de
su marido. »

Son ternísimos sus lamentos, sentada en un
escollo que le había servido de asilo. « Príncipe
» del pecho robusto, de los brazos vigorosos, so-
» berano de los pueblos de Nischada, ¿adónde
» te has ido, dejándome sola en el desierto?
» Acuérdate de las palabras que un tiempo me
» dijiste. Acuérdate de las palabras que los cis-
» nes mensajeros te han llevado un día. Los
» cuatro Vedas, los Angas y los Upanadas, leídos
» y estudiados en su conjunto, no son mas que
» una sola y misma verdad. Así, ¡oh señor de
» los hombres! tú debes cumplir la promesa
» que me has hecho ántes. ¿No soy yo tu amada,
» héroe no ofendido? ¿Por qué no me respondes
» en esta espantosa soledad? El tigre feroz, ter-
» rible rey de las selvas, excitado por el ham-
» bre, vendrá á devorarme. ¿Cómo no acudes á
» defenderme? Me repetías de continuo: *No*
» *amo sino á ti*. Pruébame la verdad de tus pa-
» labras. Ando errante, sin ventura, pálida, con-
» sumida, cubierta de fango, medio desnuda
» como la antilope de ojos grandes separada del
» rebaño; y no vienes á tomar mi defensa,
» mientras que lloro y me desespero.....

« Extenuada, ¿á quién preguntaré: ¿Has en-
» contrado en el bosque al rey Nala? ¿Quién
» me descubrirá en esta soledad aquel rey
» hermoso, magnánimo, vencedor? *El rey*
» *Nala, de los ojos de loto, que buscas, está*
» *aquí*. ¡Ah! ¿cuándo oiré tan dulces pala-
» bras?.....

« Veo acercarse el tigre, rey de las selvas,
» con sus dientes amenazadores, con sus enor-
» mes fauces... Me adelanto hácia él sin miedo.
» — Tú eres rey de las fieras, emperador de la
» selva. Yo soy Damianti, esposa de Nala, ex-
» terminador de los enemigos; sola, desgra-
» ciada, afligida por los dolores, le ando bus-
» cando. ¿Le has visto tú, rey de las selvas?
» Si no le has visto, devórame, librame de tan-
» to padecer. — Al rumor de mis gemidos, el
» rey de las selvas se encamina al río de la
» límpida corriente.....

« Veo aquella pura montaña cuyas cimas
» que tocan el cielo resplandecen con una viva
» luz y reflejan los mas ricos colores; esa mon-

» taña llena de metales variados, adornada de
» perlas preciosas, se eleva como el estandarte
» de esta inmensa selva; está poblada de leo-
» nes, tigres, elefantes, jabalíes, gacelas; re-
» suena por todas partes con el gorjeo de los
» pájaros, la surcan muchos arroyuelos, la cu-
» bren arbustos y plantas de magníficas flores.
» Voy á preguntar al rey de los montes por el
» rey de los hombres.

« Homenaje á ti, venerable montaña, mara-
» villosa por tu aspecto aéreo, montaña celeste
» que ofrece un asilo seguro; te saludo acer-
» cándome á ti. Yo soy hija, nuera, esposa de
» rey; me llamo Damianti. Mi padre reina en
» Vidharva... en Nischada se halla mi segundo
» padre, el mejor de los hombres, el célebre
» Virasena. Su hijo, héroe afortunado y robus-
» to, se llama Nala, y es famoso en los cantos
» sagrados, religioso, docto en los Vedas, elo-
» cuente, asiduo á los sacrificios, generoso, va-
» liente, en una palabra, digno de mandar. Yo
» soy su esposa, y privada de todo apoyo, su-
» mergida en el dolor, busco á mi marido, al
» mejor de los hombres.

« Y tú, montaña altísima, responde: ¿No
» has visto á Nala en este espantoso bosque,
» cuyas innumerables cimas se pierden en los
» aires? ¡Oh venerable montaña! ¿Por qué no
» consuelas mi aislamiento? ¡Oh Nala, héroe,
» dueño de la tierra! fiel á tus promesas, pre-
» séntate si estás en esta selva, que yo te vea.
» ¿Cuándo oiré la voz del rey de Nischada,
» grave y sonora como el fragor del trueno?
» ¿Cuándo oiré aquella voz, dulce como la am-
» brosía, llamarme princesa de Vidharva, voz á
» la cual es tan familiar la tradición sagrada,
» voz feliz y la única que puede disipar mi dis-
» gusto? Al oído de un amante, la palabra de
» los dioses es ménos suave que la voz del
» amor. Responde, ¡oh sagrado monarca! ¿po-
» dré encontrar á Nala? Responde á tu hija su-
» plicante. »

Por último, se detiene en un agradable valle,
habitado por los Sunyas, eremitas vestidos de
cortezas de árboles; deliciosa soledad, á cuya
vista Damianti respira al fin. « Acércase é in-
clínase ante los sabios la mujer del aspecto vo-
luptuoso (Calipiga), de las formas encantadoras,
de las hermosas cejas, de la piel mórbida y fina
en cuya boca se encierran brillantes perlas,
cuyos grandes y negros ojos hechizan con su
languidez expresiva. »

Los eremitas dudan si ven una divinidad; se
postran ante ella y la adoran, como si fuese la
ninfa de aquellos bosques, ó la hija de Brama.
Damianti responde: « No soy la diosa de este
» bosque, ni la diosa de esta montaña ni de
» este río, ¡oh eremitas! Soy una simple mor-
» tal, y recorro las selvas, las montañas, los
» lagos, los ríos, víctima constante de mi dolor,
» en busca de mi esposo, el generoso Nala, va-
» liente en las armas, experimentado en los
» combates. ¿No ha venido á este apacible reti-
» ro, asilo de la penitencia; el rey Nala, por